



INTRODUCCIÓN

MI NOMBRE ES MAX

Existen unas pocas sagas verdaderamente legendarias en la Historia del Cine. Incluso hoy en día, en una época particularmente fecunda en sagas cinematográficas y franquicias de todo tipo, no es difícil sospechar que muchas de ellas no se sostendrán con el paso de las décadas, y que en realidad existen precisamente porque antes que ellas se construyeron otras –como esta que ahora nos ocupa– que abrieron un camino apasionante y que, para sorpresa de la mayoría, siguieron presentando nuevas entregas y demostrando su pertinencia conceptual y narrativa a lo largo de mucho más tiempo del que la mayoría creía posible, a pesar de múltiples obstáculos, desastres personales y una enorme complejidad técnica. Casi todas las sagas actuales y grandes producciones de cientos de millones de dólares de presupuesto son productos de entretenimiento de masas, de consumo rápido y olvido fácil, que se suben y se seguirán subiendo al carro de lo políticamente correcto y del cine entendido como mera evasión. Ni siquiera se esconden ni tratan de ser otra cosa ya que ese parque de atracciones al que se refería Scorsese¹ o ese cine despreciable al que

¹ "Martin Scorsese: I Said Marvel Movies Aren't Cinema. Let Me Explain", columna de opinión publicada por el NY Times el 4 de noviembre de 2019

hacía alusión Francis Ford Coppola², dos grandes figuras que han llamado a las cosas por su nombre y que además han recibido una buena porción de desprecio por ello. Pero existen otras grandes producciones capaces de ofrecer al espectador y al cinéfilo más exigente una experiencia cinematográfica mucho más rica y compleja que todo eso, quizá porque sus creadores tenían algo más urgente, más palpitante y más universal que mostrar al mundo, y porque estaban dispuestos a llegar hasta sus últimas consecuencias para lograrlo.

La saga *Mad Max* se extiende ya casi a lo largo de medio siglo, y lejos de agotarse o de perder sentido para las nuevas generaciones, sigue si cabe más vigente que nunca. Quizá porque sus temas e ideas, además de ser universales, son constantes reflejos de la naturaleza humana, y porque su estilo y su aparente –solo aparente– sencillez devienen depositarios de lo que muchos cineastas y contadores de historias han buscado y quizás no han conseguido encontrar en muchas ocasiones: una idea del mundo y de la efímera existencia en este planeta, una metáfora de la sociedad en la que estamos viviendo y, por qué no decirlo, una advertencia de a dónde podemos ir a parar en unas pocas décadas, o incluso en unos pocos años, si seguimos relacionándonos con nuestro entorno y con el planeta mismo como lo hemos hecho durante tantas generaciones. Esta saga objeto de este volumen es, en suma, un relato apasionante y estimulante que a su vez ejerce de poema profético sobre el devenir de la humanidad, ahí es nada. Complicado encontrar algo similar en las toneladas de malas películas carísimas que llegan todos los años desde el otro lado del Atlántico. Los cinco filmes de *Mad Max* son cine de acción y aventuras frenéticos, salvajes y muy basados en lo visual y en lo dinámico, pero acción y aventuras bajo los cuales –o quizás cabría decir con más precisión «sobre los cuales»– flota un discurso y una mirada muy concreta, capaces de dejar en el receptor de estas aventuras un estado de ánimo también muy concreto y poderoso. Por si todo ello fuera poco, se trata de una saga que ha creado, como iremos viendo en este volumen, un universo propio, con unas reglas muy definidas y exactas y con unos límites y fronteras muy bien establecidos. Un universo que se ha ido enriqueciendo y ampliando con las sucesivas entregas, y fabricado más con la imaginación que con la fantasía, más racional y tangible que la mayoría de grandes sagas que en el mundo han sido y que

2 "Francis Ford Coppola's \$100 Million Bet," entrevista de la revista GQ a cargo de Zach Baron y publicada el 17 de febrero de 2002

seguirán llegando con el único objetivo –poniendo al cine como excusa– de hacer ganar dinero a grandes multinacionales. En otras palabras: una narración a ras de suelo, a la altura de la mirada y, sobre todo, del sufrimiento humano, que mientras parece querer entretenerte habla de cuestiones morales, emocionales y psicológicas de gran calado.

Max es un hombre común, un tipo cualquiera que podría existir en cualquier lugar del mundo. El hecho de ser un policía antes del advenimiento del fin del mundo tal como lo conocemos, más que una oportunidad para sobrevivir representa una grave desventaja para él. Al pertenecer al grupo de los pocos que pueden intentar frenar las atrocidades de ciertos individuos, se expone a perderlo todo. Y de hecho, tal como presenciamos en la primera película, lo pierde absolutamente todo menos la vida. Desde el principio se trata de un ser despojado, de una manera traumática y sanguinaria, de todo aquello que le suponía una atadura emocional e incluso de su propia cordura. Privado de manera pavorosa de su mujer y su hijo recién nacido, se lanza primero a una orgía de venganza en la carretera que tan bien conoce, y una vez consumada esa venganza se entrega a una existencia vacía y solitaria. Se convierte en un morador del casi infinito páramo, verdadera representación visual de un interior vital, el de Max, yermo por completo y vacío de toda esperanza más allá de la mera supervivencia animal. Como un jinete de los westerns de antaño –aunque en su caso conduciendo un vehículo de cuatro ruedas en lugar de cabalgando sobre un caballo– Max es una sola cosa junto a su inseparable Ford Falcon XB GT coupé de 1973, también llamado Interceptor V8. Es algo parecido un ser mitológico en busca de gasolina con la que poder mantenerse siempre en movimiento –porque esta es la saga del movimiento por antonomasia–, nunca tranquilo, nunca descansando, siempre alerta, vibrante, en marcha, para impeler la propia subsistencia.

De supervivencia hablamos y hablaremos a lo largo de todo este volumen, porque también es la saga por antonomasia del «Survival» o Aventura Extremeña de Supervivencia. No ha habido muchas aventuras apocalípticas o post-apocalípticas memorables o siquiera dignas en la Historia del Cine, pero probablemente ninguna del alcance ni de la influencia de esta. Tal como veremos a lo largo de estas páginas, algunos se han atrevido a contar historias salvajes de futuros distópicos, la mayoría con terribles resultados y con producciones no ya de serie B sino Z. Pero esta serie B en concreto, nacida en 1979, que con el paso de las décadas llegó a contar con títulos de enorme presupuesto, se alinea con otros grandes hitos como la saga Terminator o como *The Walking*